

colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

*Autoentrevistas de
escritores mexicanos*

Ignacio Trejo Fuentes
Ixchel Cordero Chavarría



Ignacio Trejo Fuentes (Pachuca, Hgo., 1955) es licenciado en Periodismo y Comunicación Colectiva, maestro en Letras y actualmente cursa el doctorado en Letras Mexicanas. Ha sido profesor de la Universidad Iberoamericana, la Universidad Autónoma Metropolitana y enseña Periodismo y Literatura en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Colabora en diarios, suplementos y revistas de gran circulación. Algunos de sus libros son *Crónicas romanas*, *Loquitas pintadas*, *La fiesta y la muerte enmascarada*, *Tu párvula boca*, *Hace un mes que no baila el Muñeco* y *El Vaquero Más Auténtico que Existió*.

Ixchel Cordero Chavarría (México, D.F., 1980) es licenciada en Ciencias de la Comunicación y profesora adjunta de Periodismo y Literatura en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Ha colaborado como entrevistadora en *Milenio Semanal*, *Laberinto* (suplemento cultural de *Milenio*), *Cantera Verde*, *Siembra*, *Siempre!*, *Revista de la Universidad de México*, *Textos* y otras publicaciones.

De la entrevista y sus alrededores

La nota informativa, la noticia, es el sustento del quehacer periodístico, de la información. Mediante ella nos enteramos de un suceso, o serie de ellos, de mayor o menor relevancia. Y a partir de la noticia se manejan los demás géneros del periodismo, sobre todo el de opinión, aunque otros, como el reportaje o la entrevista, suelen ser generadores de noticias por sí mismos. Y es también indudable que cualquier especie periodística tiene en la entrevista un apoyo sustancial, e incluso depende de ésta para conseguir sus mayores méritos.

Imaginemos que ocurre un incendio en un lugar determinado. Es gran nota para cualquier reportero de cualquier medio, impreso o electrónico. Una vez en el lugar, aquél puede limitarse a referir lo acontecido, describir las proporciones del siniestro, si hubo o no víctimas humanas o si los daños han sido sólo materiales; documentar la duración del fenómeno, las crisis nerviosas que provocó, quiénes (bomberos, paramédicos, policías) intervinieron para sofocarlo, si fue sofocado. Todo, por supuesto, respondiendo a las premisas de la nota informativa: *qué, quién, cómo, dónde, cuándo, por qué o para qué*. Siguiendo ese esquema se tendrá una información más o menos completa, y seguramente será de interés para el lector, el radioescucha, el televidente o el cibernauta. Sin embargo, si se quiere un trabajo más preciso y abundante, el periodista deberá hurgar en todos los sitios posibles para obtener más datos al respecto, y para eso ha de valerse de la entrevista: puede, *debe*, preguntar a testigos sobre lo acontecido, recabar información

oficial (de la policía, de los bomberos, de los paramédicos, del dueño o del encargado del inmueble afectado) y hacerse una idea más amplia de lo que provocó el fuego y de las consecuencias que ha tenido o tendrá: ¿significa pérdidas económicas moderadas o mayúsculas?, ¿afecta cuestiones familiares, vecinales, laborales? En virtud de que el redactor de la nota no puede saber todo a primera vista, necesita preguntar, cotejar y expandir los datos de la información. La entrevista se convierte, así, en un medio indispensable para complementar la noticia.

Esa herramienta es muy útil para el periodismo de opinión, porque si bien el articulista puede conjeturar, hacer hipótesis y señalar sus razonamientos en torno a determinado asunto, es claro que entre más información tenga al respecto, su texto cuenta con puntos de apoyo mucho más sólidos. Por eso es común que los analistas políticos se reúnan con personalidades de ese ámbito con el propósito de tener elementos de primera mano imposibles de conseguir en otro entorno y, además, exclusivos: ¿quién mejor que un político relevante, enterado, influyente, autorizado, para saber cosas que la generalidad de la gente —el analista incluido— ignora? Ese mecanismo opera en igual medida en todos los ámbitos informativos: sociales, espectáculos, economía, deportes, policía...

Se estima que el reportaje es el género privilegiado del periodismo, el más completo. El ejecutante recurre aquí a todas las aristas de la materia: acude al lugar de los hechos que sostendrán su información, se acerca a las fuentes documentales apropiadas (archivos, hemerografía, bibliografía, Internet) y a quienes poseen datos al respecto: funcionarios, personajes involucrados, expertos en la materia. Pregunta, interroga aquí y allá, es decir, hace entrevistas. Sin éstas, su misión resultaría coja, endeble.

Imaginemos ahora que el reportero (o su jefe inmediato, o el director de su medio) tiene indicios de que en Cancún la prostitución infantil ha alcanzado niveles catastróficos, al grado que puede considerársele uno de los principales focos de esa actividad a nivel mundial. Primero que nada, el periodista

debe averiguar la incidencia de tal delito en este y otros países, para lo cual se vale de la hemeroteca, la biblioteca y la Internet. Con ese material ha de ir a aquel centro turístico y acercarse a las autoridades correspondientes (la jefatura de los principales cuerpos policíacos, el presidente municipal, el procurador de justicia, el gobernador), a organismos relacionados con causas sociales (ONG), a entidades de salud, educativas y aun religiosas, y a propiciadores y víctimas del delito. Es decir, debe entrevistarse con todos los directa e indirectamente involucrados en el asunto, de manera que su espectro informativo sea lo más vasto posible. Es seguro que su averiguación arrojará un reportaje de interés no sólo nacional sino internacional, debido a las implicaciones humanas, sociales, políticas, económicas y éticas que entran en juego en ese embrollo.

Queda claro que la entrevista es factor fundamental en el desarrollo de todos los demás géneros periodísticos. Pero ¿cómo se prepara y se ejecuta una entrevista? ¿Qué cualidades debe tener el entrevistador y cuáles el entrevistado?

El entrevistador

Se da por hecho que el entrevistador es un periodista profesional, así se haya formado académicamente (en escuelas y universidades) o por cuenta propia (en la práctica, habiendo ascendido de mensajero o *hueso* en la empresa periodística para la cual trabaja o esté agregado a ella por cualquier otro camino). Esto es decisivo, porque estamos bordando sobre la entrevista periodística y no en torno a otras que existen, como las psicológicas, que se utilizan en consultorios médicos o para averiguar el perfil de un aspirante a obtener empleo, o en requerimientos judiciales; no se trata de obtener información de carácter privado, sino de un propósito noticioso, es decir, *público*.

La primera obligación del entrevistador es saber lo máximo de la persona a la que habrá de entrevistar. No se admite llegar a ciegas, a tontas y a locas, porque el resultado será anárquico,

inútil; no se vale acercarse a alguien y preguntarle: ¿quién es usted?, ¿a qué se dedica?, a menos que se trate de un personaje fortuito, circunstancial, como el testigo de un robo a mano armada o un asesinato. Lo primero, porque es deseable que el entrevistado se sienta en confianza con quien habrá de interrogarlo, y la confianza lo es todo en este menester: si se logra que el otro se sienta conocido, necesario, *importante*, será más fácil que diga lo que se quiere saber de él y de lo que interesa; por el contrario, si percibe falta de preparación, desconocimiento de su persona y de su obra y su quehacer, se mostrará renuente a confiar cosas que podrían ser la materia prima de la pesquisa. Preparación, ante todo.

Se espera, asimismo, que el periodista sea especialista, o al menos conocedor confiable, en y del asunto a tratar: que sepa de economía si su entrevistado es un economista, de política si éste es político, de espectáculos si se trata de un cantante o de un actor, de deportes si aquél es un futbolista o un corredor de fondo... No se pueden hacer preguntas inteligentes si se ignora quién es el que habrá de responder, cuál su importancia y por qué la necesidad de que sea él precisamente el que conteste y no otro. Ante la ignorancia del entrevistador, el entrevistado está en su derecho a decir mentiras, tonterías o, simplemente, a no contestar, posibilidades que fracturan el trabajo periodístico.

Cuando uno se acerca a alguien con el propósito de hacerle una entrevista es porque se considera que ésta es la persona indicada, porque conoce a fondo su materia y sus opiniones tendrán relevancia; de lo contrario, resultará un encuentro de sordos, frustrante, inútil. De modo, pues, que el periodista deberá tener la mayor información sobre el entrevistado y su obra u oficio o importancia; de no ser así, es mejor que ni se acerque a él.

Además de una esmerada preparación, el entrevistador debe ser inteligente, sensible, audaz y prudente al mismo tiempo, perseverante y decidido. Debe adaptarse al carácter de su interlocutor (puede ser tímido o soberbio y prepotente), respetar su

condición o investidura (un empresario, un ministro, un obispo, un mendigo) y no mostrarse él mismo ni tímido ni soberbio ni prepotente, sobre todo aceptar que es *el otro* quien le está ayudando a desempeñar su trabajo, y no a la inversa. Y una premisa incuestionable es que el resultado del diálogo entre ambos está destinado a ser oído o visto por terceros, por el público, que será el encargado de calibrar los méritos de la entrevista.

Tipos de entrevista

Se distinguen tres tipos de entrevista: 1) *de información*, 2) *de opinión*, y 3) *de personalidad o de semblanza*.

La entrevista *de información*, o *noticiosa*, se busca para obtener elementos sobre un suceso que se ofrecerá al público como algo inédito, es decir noticioso. Se puede y debe interrogar casi a cualquier persona que se relacione con el acontecimiento, trátase de protagonistas o testigos, funcionarios o autoridades de cierto nivel que informen al respecto. En caso de un incendio en una fábrica es recomendable acercarse al dueño, a los trabajadores rescatados, a algún testigo; entre todos conformarán el cuerpo de la nota que, se espera, ha de ser lo más completa posible. Se sabe así de las causas del siniestro, de la cuantía aproximada de los daños humanos y materiales y de sus consecuencias. La información se consigna en el cuerpo de la nota informativa siguiendo los patrones de ésta, y se puede o no citar literalmente las palabras de los interrogados, es decir, se opta por registrar lo dicho por los involucrados, testigos, etcétera, o incorporarlo mencionando su procedencia pero sin enfatizar el carácter del hablante. Lo importante es hacer constar que se ha hecho un trabajo de investigación inmediato, que no todo procede de las impresiones del redactor.

En el ejemplo mencionado es recomendable también entrevistar a personas cercanas al dueño o encargado de la fábrica incendiada para averiguar si en ésta existían las medidas de seguridad señaladas por la ley o, en caso contrario, había indi-

cios de descuido, de irresponsabilidad. En cierto sentido, el reportero adopta el papel de investigador, de policía, de ministro público, sin olvidar que, ante todo, es tan sólo buscador de información para el público del medio para el cual trabaja.

La entrevista *de opinión* suele hacerse a partir de hechos previos, de noticias ya existentes. Su propósito es que gente enterada, especialista, opine al respecto. Si los distintos medios han informado de la captura de una peligrosa y nutrida banda de individuos dedicados a la trata de blancas, al lenocinio y a la prostitución, es seguro que el público querrá saber pormenores, si se trata de un caso aislado o tiene vínculos con actividades delictivas similares, si los hechos involucran a autoridades o no, el tiempo en que los delincuentes han operado y los procedimientos que amparaban su actuación. La consignación de su existencia y captura no basta, porque sin duda tiene implicaciones sociales y seguramente de otra naturaleza que al público preocupan. De ese modo, el reportero busca a las personas indicadas para ampliar la información. Puede tratarse de autoridades, de asociaciones cívicas y religiosas o bien de gente cercana a las personas relacionadas con el asunto, víctimas y victimarios. Los entrevistados tienen, aunque por distintos motivos, conocimiento de la materia y su opinión es relevante y a veces fundamental en el seguimiento del caso. No se trata de buscar noticias, que ya se tienen, sino opiniones en torno a ellas y aun así no debe descartarse que durante las indagatorias del periodista surjan nuevos elementos que constituyan una noticia diferente, asombrosa quizá, de mayor relevancia que la ya conocida, por ejemplo que el principal controlador de la mafia del crimen en esa modalidad sea el mismísimo jefe de la policía judicial del país. Entonces habrá que buscar la opinión de la gente adecuada, empezando tal vez con la del presidente de la República.

La entrevista *de personalidad* o *de semblanza* se hace para que un personaje relevante en su ámbito pueda ser *retratado* mientras habla de la materia que domina, o de otras. El propósito fundamental no ha de ser necesariamente noticioso, sino el

hecho de que sea ese personaje el que se presente ante el público. Puede ser un mandatario, un alto dignatario eclesial, una estrella del espectáculo, un deportista o dirigente de deportistas a nivel mundial, un revolucionario, un científico prominente, una figura de las bellas artes, un famoso criminal, un empresario notable o, simplemente, alguien que por determinado hecho o circunstancia haya sido, o sea, centro de atención. Lo importante es que sea él (o ella) quien hable, para que el reportero haga un retrato lo más fiel posible de su personalidad. Más que un espíritu noticioso o la búsqueda de opiniones, guía a este tipo de entrevista la figura misma del entrevistado.

Por ejemplo, si llega de visita al país el científico que realizó la primera clonación de que se tenga noticia, digamos quien clonó a la famosa oveja *Dolly*, es oportuno conocerlo de cerca, más que saber de los complicados procesos científicos que permiten ejecutar el fenómeno; al público le interesa conocer de primera mano al personaje que llevó a cabo tal proeza. Querrá saber quién es, de dónde procede, cuál ha sido su formación profesional y humana; quiénes constituyen su familia, cómo vive; si es un hombre ordinario o excéntrico, millonario o no, religioso o indiferente en ese terreno; si hace vida social, si va al cine, si lee novelas o le gusta la música, o por el contrario vive encerrado con sus tareas científicas. Atrae más su imagen, su personalidad, que su actividad, pues se supone que de algún modo se tiene información de ese aspecto y su trascendencia. Debe enfatizarse que el entrevistado no tiene que ser necesariamente "el padre de la clonación", sino casi cualquier personaje relevante, por ejemplo el médico particular del Papa, el reciente Premio Nobel de Química o de Economía, el rey de la computación, el tercer hombre más rico del mundo o, simplemente, los tres náufragos mexicanos que permanecieron en el mar a bordo de una lancha al garette durante nueve meses sin alimentos, hasta ser rescatados en aguas de Oceanía por la tripulación de un barco atunero de bandera china y luego devueltos a su país. La noticia sobre lo último ya ha sido ampliamente difundida a nivel mundial, e incluso se

ha entrevistado hasta el cansancio a los náufragos para conocer sus primeras impresiones respecto de esa hazaña que es casi un milagro, y sin embargo el público querrá saber más de ellos, quiénes son o qué hacen además de ser célebres náufragos; quiere tener un perfil más claro y preciso de su *personalidad*.

Antes de la entrevista

Por regla general, casi cualquier persona está dispuesta a ser entrevistada para dar información, para opinar o para que su personalidad aparezca en los medios. No obstante, así como hay gente dispuesta a hacer hasta lo imposible por ser entrevistada, incluso a pagar por ello con propósitos mercadotécnicos, políticos, ideológicos o por mera vanidad, hay quienes se acorazan ante esa posibilidad y hacen todo cuanto sea necesario para evitarlo; no hablemos de las grandes personalidades del Poder en cualquiera de sus manifestaciones, que debido a su investidura, a causa de sus múltiples ocupaciones o por razones de seguridad o estrategia política, son prácticamente inaccesibles.

Pero en todos los casos existen recursos para llevar a cabo una entrevista, y si no, hay que inventarlos.

La disponibilidad o la reticencia para dejarse entrevistar responden a la magnitud del suceso que propicia la necesidad de la entrevista. No es lo mismo querer saber qué ocurre durante un incendio que conocer las razones por las cuales un país declaró la guerra a otro; averiguar las reacciones ante una devaluación monetaria y sus consecuencias inmediatas o a mediano y largo plazo que tratar de enterarse cómo y en qué condiciones se hace un trasplante de hígado. En unos casos basta una entrevista *de banqueta*, con gente de la calle o de escasa relevancia social, económica, política, etcétera, para aprovechar su información u opiniones respecto de un asunto específico. En otros, es necesario mover montañas para conseguir la entrevista.

Pretender entrevistar al presidente de los Estados Unidos o al líder terrorista islámico Osama Bin Laden parece punto menos que imposible. El primero delega todo lo concerniente a su gestión en su oficina de prensa, en su vocero, en sus especialistas. El segundo es inubicable aun para las corporaciones policiacas más sagaces del mundo. Pero *siempre* existe la posibilidad de conseguir lo inimaginable.

En los casos más sencillos basta acercarse a las vías y a las personas adecuadas. Toda dependencia gubernamental, cada empresa comercial, toda institución cuenta en su organigrama con una oficina de prensa o relaciones públicas, y son éstas las instancias señaladas para tramitar entrevistas. Aun los mandatarios de los países más importantes se dan tiempo para conceder entrevistas, individuales o colectivas, a medios de su país o del extranjero. Son frecuentes las reuniones de algún presidente con corresponsales extranjeros: lo hacen cuando *necesitan* que alguna idea o proyecto o acción emanado de su jurisdicción deba ser conocido o explicado en ámbitos distintos al propio y no basta para ello la información inmediata, el boletín o el comunicado, ni siquiera una conferencia de prensa ortodoxa: se trata de matizar puntos, de penetrar en la opinión de un público determinado, preciso. Muchas veces se sabe de la renuencia de un primer mandatario para conceder entrevistas exclusivas a medios de su país, y sin embargo se le ve atendiendo a periodistas de otros países: eso responde a necesidades de *imagen* y a la consolidación de conceptos de singular envergadura. La periodista italiana Oriana Fallaci fue célebre por sus entrevistas con los mandatarios y líderes mundiales más destacados en un momento determinado. Por supuesto, la tenacidad e inteligencia de la reportera jugaron un papel importante para conseguir sus primeros trabajos, y en la medida que obtuvo notoriedad, prestigio y resonancia internacional las puertas fueron abriéndose a su paso casi con absoluta naturalidad, al grado que puede presumirse que todo líder querría ser entrevistado por ella. ¿Qué líder, en cualquier materia, no querría que sus políticas y sus opiniones llegaran al público a

través de la cadena de televisión más importante de los Estados Unidos, que sus palabras y su imagen aparecieran en la primera plana de *The New York Times*, *The Washington Post*, *Le Monde*, *The Independent*, *Pravda*, *Il Corriere della Sera*, *El País*, *Time*, *Newsweek*... o en los programas radiofónicos y aun cibernéticos más prestigiados e influyentes del mundo?

La seducción de los medios de información es indiscutible. Son un afrodisiaco, sí, pero también una necesidad: si hasta las gallinas cacarean sus huevos, ¿por qué alguien no querría dar a conocer sus asuntos, sus opiniones, su persona a través de los medios? Y la entrevista es uno de los canales más seductores de cuantos hay.

El periodista, el medio, deben contar con una agenda nutrida, con un directorio que les facilite las vías para acercarse al posible entrevistado de manera directa o indirecta (alguien que lo conozca, sea su amigo o trabaje con él); sin embargo, la casualidad no debe desdeñarse en el espectro de las maneras para conseguir una entrevista. Imaginemos que el azar nos pone, a nosotros, periodistas, frente a un buscadísimo líder terrorista, una de las cabezas del crimen organizado, del narcotráfico; ante una estrella del espectáculo o del deporte; ante el dueño de la principal marca de computadoras, ante un guía religioso o espiritual de trascendencia incuestionable... y éste accede a charlar con nosotros. Tendríamos una entrevista informativa, de opinión o de personalidad de primerísimo nivel que podría dar la vuelta al mundo. Y no estamos inventando universos ideales.

Hace algunas décadas, durante la celebración de una importante conferencia de mandatarios iberoamericanos en la ciudad de Panamá, durante uno de los recesos, el enviado de un diario mexicano quiso distraerse metiéndose a una tienda de regalos ubicada en alguna parte de la sede de aquella conferencia, que a la sazón estaba vacía de clientes. De pronto vio que llegaba al lugar nada más ni nada menos que el presidente de los Estados Unidos. Como él, se puso a mirar los productos de la tienda, en tanto su cuerpo de seguridad permanecía a la entrada del lugar. El reportero se dio cuenta de que, al momento de

pagar los regalos que de seguro había comprado para su familia o sus amigos, el presidente no tenía dinero, de modo que el periodista se acomodó a hacerlo por él. Por supuesto, gente del equipo del mandatario repuso su dinero al periodista, pero su actitud agradó al político, quien al saber que el improvisado y generoso cliente era periodista, le propuso que le hiciera tres preguntas. Lo obtenido en esa no calculada, casual, entrevista, fue nota que dio la vuelta al mundo por su carácter exclusivo.

Es obvio que en ese tipo de circunstancias se espera que el periodista sea conocedor, si bien no especialista, de la información en todos sus registros. Que sepa de política, de deportes, de espectáculos, de economía, de sociales, de asuntos policia-cos... De ese modo podrá saber que está ante una auténtica celebridad, podrá reconocerla y en consecuencia sabrá qué preguntarle, de qué hablar con tan inesperado interlocutor. De lo contrario, si no sabe quién es aquél, qué preguntar, tal vez habrá desperdiciado una de las mayores oportunidades de su vida, de ésas que no se repiten así como así.

De que las entrevistas, por más difíciles que parezcan, se consiguen, no hay ninguna duda. Para eso el reportero debe contar con una nutrida agenda, tener contactos en todas partes, saber quién puede proporcionarle datos, *tips*, accesos a determinada instancia o personajes. A veces esa agenda le es proporcionada por el propio medio para el cual trabaja, pero siempre será recomendable que vaya haciéndose de la propia, la personal. ¿O de qué otra manera sabemos tanto de tanta gente, sino mediante la sagacidad de los periodistas y sus medios?

Cuando en agosto de 2006 nos enteramos de que tres pescadores mexicanos habían naufragado y sobrevivido durante nueve meses y fueron rescatados en las Islas Marshal por la tripulación de un barco chino, quedamos asombrados. Más aún cuando el conductor de un programa de televisión los entrevistó vía telefónica: ¿cómo diablos el periodista podía estar hablando con aquéllos si aún estaban a bordo del barco salvador? Lo sorprendente parece, en realidad, muy fácil, sobre todo ahora que los sistemas de comunicación poseen recursos pro-

digiosos. Al saber la noticia, basta ir a la fuente para entrar en contacto con los protagonistas. Esa fuente son las autoridades náuticas o de cualquier otra naturaleza que avisaron del suceso al ser, a su vez, enterados por el capitán del navío: si esas autoridades hablaron con él, éste será el conducto para acercarse a los naufragos. Ya se tenía la noticia del asombroso acontecimiento, ahora era necesario hablar con los sobrevivientes de la epopeya, preguntarles cosas para saber más; ya vendrían los largos interrogatorios, las entrevistas de opinión o de personalidad, una vez que la tempestad en altamar se hubiera tranquilizado.

Además de la entrevista *casual*, la *de banquetta*, la que se debe hacer en el lugar de los hechos para redondear la nota informativa, existen las conferencias de prensa a las que un individuo o un grupo o institución convocan. Suelen asistir a ellas los reporteros asignados a la fuente correspondiente, y la mecánica del encuentro no varía sustancialmente: a la lectura de un texto o a la exposición de una serie de ideas por parte del o los convocantes, se sucede una serie de preguntas al azar o por designación de los organizadores (generalmente por medio del vocero o jefe de prensa de la parte que invita). Tras identificarse y señalar el nombre del medio que representan, los reporteros hacen las preguntas que consideran pertinentes y reciben respuestas, o evasivas, apropiadas. Hay conferencias en las que, extrañamente, no se admiten preguntas de los representantes de los medios informativos. En este caso pueden conformarse con la disposición o intentar algún acercamiento luego de terminada la reunión, por lo que no se debe abandonar de inmediato el lugar, sino insistir en completar la información. La recogida en conferencias de prensa es casi siempre homogénea, a menos que un reportero consiga, con sus propios recursos, algo distinto a lo de sus colegas.

Pero cuando se trata de una entrevista exclusiva con un personaje distinguido que proveerá de información, dará opiniones, o de quien se quiere hacer una semblanza, el entrevistador tiene que prepararse de la manera más completa po-

sible. En primer lugar no deberá llegar a ciegas ante aquél, es decir, debe tener datos y cifras de quién es, qué hace y cuál es su relevancia; de ser posible leerá entrevistas previas para evitar la repetición de preguntas y para hacerse una idea de cómo es el entrevistado: hosco o amable, si responde con parsimonia o se explaya en las respuestas, etcétera. No está de más consultar a quienes lo conozcan de cerca: otros periodistas, o funcionarios, especialistas en la misma materia que aquél, su secretaria o su chofer, sus amigos...

Se calcula el tiempo que durará la entrevista de acuerdo con el carácter de la misma y con el medio que habrá de publicarla: será breve si se trata de una entrevista noticiosa, más dilatada si es de opinión y generalmente se prolonga, incluso días, si es de personalidad; si está destinada a las páginas de un diario, una revista semanal o mensual o, en el último de los casos, si se piensa publicarla en forma seriada, por entregas, o si se considera específicamente para la integración de un libro (el asunto difiere tratándose de medios electrónicos, y volveremos a ello más adelante).

El entrevistador debe atender recomendaciones que, aunque parezcan obvias, es necesario subrayar: primero, la puntualidad; enseguida, la buena presentación personal; y tercero, contar con los implementos adecuados. La puntualidad es indispensable, pues a nadie le gusta esperar, sobre todo si se es un prominente hombre de negocios, una estrella del espectáculo, un famoso deportista o un político destacado: todos tienen una agenda apretada, el tiempo medido, y cada minuto que disponen para atender al reportero debe considerarse por éste como una deferencia que no debe menospreciar. El entrevistado se sentirá a gusto si su visitante viste con pulcritud o cierta elegancia, o de la manera que corresponda a la personalidad del entrevistado o a su entorno: no se aconseja ir vestido como *darketo* y con los pelos de punta si el entrevistado es un arzobispo o un senador, del mismo modo que no se recomienda entrevistar a *chavos banda* vestido con absoluta elegancia. Y hay que llevar consigo grabadora, cámara fotográfica y de video

(con suficientes cintas), libreta de apuntes y lápices y pluma, luego de cerciorarse de que cada instrumento funciona correctamente. El entrevistador determinará si puede utilizarse la grabadora o el video o ambos para registrar sus palabras, o no, lo que obligará al reportero a atenerse a su libreta de apuntes o sólo a su memoria.

Durante la entrevista

Los entrevistadores de mayor experiencia sugieren que el entorno donde deben hacerse las entrevistas tiene que ser de lo más cómodo y agradable, de preferencia aquel en el que se desenvuelve cotidianamente el sujeto de la entrevista, principalmente su casa o su oficina. Sin embargo, es a fin de cuentas éste quien determina dónde habrá de tener lugar la charla. Es posible que proponga que sea en un café o en un bar o restaurante, pero éstos suelen ser ruidosos y propician incómodas interrupciones, de manera que se impone un espacio tranquilo y lleno de luz (todo cambia si la entrevista es para un medio electrónico, en cuyo caso se acostumbra que el personaje acuda a los estudios para hablar en vivo o para grabar, y donde hay un número considerable de personas durante la charla, esencialmente técnicos).

Aunque todo depende del tiempo que el entrevistado destine al reportero, es recomendable que antes de entrar a la entrevista propiamente dicha, éste dé lugar a una conversación informal, de reconocimiento, preguntando por la salud del anfitrión, la carga de trabajo, la familia y otros aspectos personales: se busca suavizar el nerviosismo o la tensión que toda entrevista implica, tanto para el entrevistador como para el entrevistado. Los modales amables del reportero son fundamentales, no debe olvidar en ningún momento que es el otro quien le hace el favor y no a la inversa, es aquél quien suministrará material para el trabajo del segundo... y eso siempre debe agradecerse.

La ortodoxia indica que debe llevarse un cuestionario previo, o cuando menos algunos apuntes que señalen los principales asuntos por tratar. Es obvio que a medida que progrese la conversación surgirán puntos de interés inéditos, de una respuesta saldrá una pregunta que no se tenía considerada, y hay que hacerla.

(Si está presente un fotógrafo enviado por el mismo medio, debe mantenerse lo más cauto que sea posible, sin pretender inmiscuirse en la conversación, tomando sus placas antes, durante y después de la entrevista, aunque es mejor si hace todo en las dos primeras instancias y se retira del lugar antes de que aquélla concluya.)

Si el entrevistado acepta la utilización de una grabadora (o una cámara de video) las cosas se simplifican para el periodista, pero ojo: no debe atenerse al registro automático de las palabras de aquél, delegar en la máquina la fidelidad de lo dicho; el entrevistador debe olvidarse de la grabadora y atender en todo momento cada palabra de su interlocutor, mirándolo lo más que sea posible a la cara, sin distraerse incluso cuando hace apuntes en su libreta. Poner atención significa no estar pensando en la siguiente pregunta antes de que la presente sea contestada.

Hacer apuntes es de lo más recomendable: recurriendo a signos propios, a lo que podemos llamar una taquigrafía personal inventada por él mismo, el reportero debe escribir lo que será su guía al momento de transcribir la grabación de la charla, puede destacar qué partes de la misma son sustanciales y cuáles no, enfatizar alguna frase o apuntar determinada idea, pero todo sin dar la impresión de que se ha olvidado de quien está enfrente de él, es decir, lo primero es mostrar atención e interés por lo que está diciendo el entrevistado. Además, esa atención mantendrá al entrevistador al tanto del hilo del discurso, sin que haya distracciones.

El reportero no debe dudar en interrumpir, de la manera más sutil y breve, para pedir al entrevistado que explique con mayor detenimiento una idea, un concepto que no haya en-

casi intacta la atmósfera que envolvió la charla y es más fácil reproducirla en el texto. Es mejor no hacer el trabajo de edición en la mente, sino proceder a ello una vez que se tiene la transcripción textual de lo dicho por el entrevistado. Por lo general, y aun si se partió de un cuestionario previamente elaborado, es común que la cantidad de información obtenida durante la entrevista sobrepase lo esperado, se encuentra en la transcripción un sinnúmero de datos colaterales o complementarios, vueltas en redondo, repeticiones, y lo que se recomienda en estos casos es hacer un índice temático que nos guiará en el desbrozamiento de lo esencial, es decir, en la jerarquización. Los distintos temas, en orden de importancia, pueden distinguirse, en los márgenes, con números, o bien subrayando con distintos marcadores de tinta los asuntos relacionados entre sí y los ajenos.

Como en toda nota informativa, como en cualquier reportaje, es necesario jerarquizar la información, y destacar en la entrada lo que se considere más relevante de lo dicho por aquél o lo que parezca una revelación extraordinaria, agregando, en orden descendente de importancia, el resto de la información. Se recurre así a lo que se conoce como estructura de *pirámide invertida*; esto, si la entrevista es de carácter noticioso. Si es, en cambio, una de opinión, se enfatizarán los conceptos más sobresalientes de la misma según el criterio del reportero. Tratándose de una entrevista *de personalidad*, *de semblanza*, no hay impedimentos para que el texto tenga la estructura que se desee: puede empezarse por la descripción del proceso para conseguir el encuentro con el personaje, las señas particulares del mismo, del lugar donde se realizó la entrevista, el registro de algún incidente acontecido durante el diálogo... La adopción de uno de esos aspectos no desdeña incorporar los demás durante el desarrollo del texto.

La forma en que la entrevista puede presentarse al público es muy variable, y depende del carácter de la misma (*noticiosa*, *de opinión*, *de personalidad*) y, sobre todo, del espacio con que se cuente en el medio en que ha de aparecer.

En la primera modalidad debe responderse a su esencia, lo noticioso, y deberá publicarse al día siguiente de efectuada, y puede optarse por el clásico esquema de pregunta y respuesta o bien disponerla como una nota informativa.

En la segunda es preciso, antes que otra cosa, reafirmar el carácter de autoridad que tiene el entrevistado, lo que muchas veces se consigue con la sola mención de su nombre; si es alguien muy apreciado en su especialidad pero ésta no es del todo del dominio público (digamos la física cuántica) conviene informar de los méritos del personaje en esa disciplina, lo que justifica el hecho de haberse acercado a él y no a otra persona. En la entrada puede hacerse una síntesis de su trabajo y condimentarla con una exposición breve de su persona: no se debe ser tan minucioso en esto, porque es más importante lo que se dice que el perfil de quien lo dice; de ser necesario, se agregarán detalles en el cuerpo del texto. Como no se trata de un asunto estrictamente noticioso, la entrevista puede publicarse al día siguiente de que fue efectuada o tres o cuatro días más tarde.

En la tercera, el relieve de la figura del entrevistado lo es casi todo, y es tan importante como lo que dice. Por eso es aconsejable suministrar, en igual proporción, datos referentes a su personalidad y consignar lo dicho por él en orden de importancia, así se trate de "frivolidades", como su marca de ropa favorita, el whisky que bebe (o si no bebe), la música que escucha, los libros que lee. En este tipo de entrevistas, dada la relevancia del sujeto interrogado, al público no le desagrada que se haga la descripción de su entorno, si éste es modesto o suntuoso, simple o laberíntico. Se rescata asimismo el carácter hierático o desenfadado del personaje, si actúa ante el entrevistador como quien da cátedra y pontifica o es, por el contrario, claro y natural, o si va de un extremo al otro. La atmósfera que se respira en su entorno contribuye al entendimiento de su personalidad.

En todos los casos el periodista debe esforzarse para que cuanto dijo el entrevistado quede consignado en mayor o menor medida, a menos que nos importe exactamente algo y lo demás resulte superfluo.

Además de la jerarquización del material, el reportero debe saber, cuando está ante una primera versión del texto, si algo es en verdad indispensable y si otros datos u opiniones son prescindibles, esto en caso de que deba apretar, ajustar el material por razones de espacio: la decisión es, ahora, sólo competencia suya; en un segundo paso del proceso, será el editor del medio quien determine si el texto merece ser cortado o no.

Y ante esa misma primera versión, el redactor debe ser lo más fiel que se pueda al tenor de las palabras del entrevistado, captando lo sustancial de una exposición que haya resultado demasiado larga y hacer una síntesis sin perder su espíritu original. Debe ayudar al personaje a deshacerse de repeticiones, vueltas en redondo y muletillas como: "Bueno", "Y bueno", "O sea", "Entonces" y hasta, por qué no, a suprimir cacofonías, ripios, la vecindad de adverbios terminados en "mente" y todos esos vicios de dicción que suelen aparecer aun en boca del entrevistado más lúcido y claro, y que entorpecen en mayor o menor medida el texto escrito. Aquél siempre lo agradecerá; el público también.

Si el periodista tiene dudas respecto a una idea o simplemente en cuanto a la escritura correcta de un término o un nombre, no debe dudar en pedir precisiones durante la charla o llamar por teléfono (o comunicarse con él por cualquier otro medio) al personaje para despejarlas, e incluso se admite hacer una o más preguntas nuevas... siempre y cuando haya tiempo y se haya convenido con aquél en ese sentido.

Con el fin de evitar que los párrafos sean demasiado largos, que una misma idea o información se convierta en *sábana*, es perfectamente válido anteponer preguntas que no se hicieron en el momento de la charla pero que tienen algo que ver: el propósito es, tan sólo, aligerar el material.

A propósito, si se puede evitarlo, no conviene mostrar al entrevistado el texto final de la entrevista antes de su publicación, a menos que ésa haya sido una de las condiciones para que accediera a ello, porque es común que quiera añadir o

eliminar conceptos, o al menos matizarlos, lo que prolonga el trabajo de ambos y, en consecuencia, el tiempo de la realización-publicación del mismo. Es frecuente que el personaje se arrepienta de algo que ha dicho y determine eliminarlo, con lo que corremos el riesgo de prescindir de lo que nos parecía revelador, candente, explosivo, es decir, la parte central de la entrevista.

Es obvio que estamos hablando ahora del proceso de edición de la entrevista, y debe insistirse en que el espacio que se le destinará condiciona el o los procedimientos adecuados. Si se trata de una entrevista noticiosa, lo dicho por el entrevistado deberá constreñirse a lo fundamental, incluso desechando conceptos que pueden ser por sí mismos interesantes. Si, en cambio, es una entrevista de opinión o de personalidad y el editor del periódico determina que puede o debe publicarse en partes, en días sucesivos, se da en consecuencia mayor flexibilidad, y puede exponerse la totalidad, o la mayor parte, de lo dicho por el interrogado. Ya se señaló que el procedimiento común es el de pregunta-respuesta, pero puede utilizarse una combinación de ésta con extractos o síntesis de las ideas sobresalientes, y aun con citas textuales en el cuerpo de aquella síntesis.

Algunas revistas estadounidenses, como *Time* y *Newsweek*, y sus émulos en todo el mundo, prefieren el *excerpt*, o extracto, que consiste en ofrecer a sus lectores una apretada síntesis, digamos en una o dos páginas, de lo que consideran más interesante de la conversación entre el reportero y el proveedor de información o de opiniones, así sea que la charla haya ocupado horas y horas. Aquí, por supuesto, se confía en la habilidad del periodista, en su capacidad de concentración en lo esencial y no se descarta la participación del editor.

Es recomendable conservar una copia de la grabación íntegra de la charla, por si se da el caso (que no es poco frecuente) de que el personaje se desdiga de lo dicho y atribuya al reportero haber incurrido en tergiversaciones o interpretaciones incorrectas, cuando no en dolo (el novelista y periodista Luis Spota acostumbraba poner en funcionamiento su propia gra-

badora al mismo tiempo que el reportero lo hacía con la suya: ¿es posible mayor fidelidad?).

Se habrá advertido que, hasta aquí, las consideraciones sobre la entrevista y sus alrededores han sido en cuanto al periodismo escrito. Se debe a que por su propio carácter, la destinada a medios electrónicos, a pesar de guiarse por la generalidad de esos conceptos, tiene diferencias debido a exigencias de tiempo y espacio. Es en general más breve, y puede transmitirse en vivo o ser grabada y editada. Y si bien tiene la ventaja de la inmediatez, de la oportunidad, es categórica y efímera: el televidente o radioescucha no puede, como hace el lector, volver a un punto específico de la información para cerciorarse de algo, a menos de que la haya grabado. En todo caso, en la bibliografía anexa se ofrecen textos especializados en este tema.

Lo que no puede soslayarse es la posibilidad de hacer entrevistas por teléfono, por telefax o por correo electrónico. Las conversaciones telefónicas son comunes en la radio, por medio de los enlaces que se hacen desde la cabina directamente con el entrevistado o por mediación de un reportero. Son siempre rápidos intercambios de información e ideas, para ilustrar el tema o la nota que en ese momento ocupa el interés del programa. Se acude a ellas para recabar información de varios personajes a propósito de un asunto determinado, como la muerte de una persona relevante, o para hacer encuestas.

El telefax, y sobre todo el correo electrónico, son instrumentos que pueden utilizarse para hacer entrevistas, pero así como tienen la ventaja de realizarse de manera rápida, presentan el inconveniente de que el periodista no puede registrar los gestos, el tono de voz o el entorno del personaje, y por lo tanto al texto le falta colorido, viveza. Otra ganancia al recurrir a estos medios es que el entrevistado tiene tiempo para meditar sus respuestas y afinar su lenguaje sin tener que confiar en la habilidad del reportero.

La entrevista con escritores

Es consenso, entre los periodistas, que los políticos y los escritores son los personajes más difíciles de entrevistar o, al menos, los más imprevisibles (a éstos se agregan, aunque por razones distintas, los científicos). A diferencia del común de la gente, están empapados de la materia que tratan y acostumbrados a aparecer en público y destacan por su facilidad de palabra. (Los científicos son difíciles de entrevistar porque, si bien son expertos en su materia, los conceptos que nutren a ésta no suelen ser del dominio público, sino que están basados en una jerga peculiar, o en fórmulas y números y el periodista debe multiplicar sus esfuerzos para que aquéllos sean comprensibles, claros: opera una suerte de traducción.)

En tanto un entrevistado ordinario (un ama de casa, un comerciante, un estudiante, un policía de crucero, un burócrata) dice lo que siente, el político dice lo que le conviene: sabe que tiene la oportunidad de llevar agua a su molino, de fortalecer los principios de su política personal o la de su partido o su gobierno. Tiene ideas esquematizadas que difícilmente variarán de una entrevista a otra; tiene, para decirlo en términos coloquiales, bien armado su numerito y por eso resulta por lo común inexpugnable y monolítico pese a lo incisivo que pueda ser el reportero. Es capaz de responder cosas que nada tienen que ver con la pregunta o, sencillamente, de olvidarse de que aquélla fue formulada y desbordarse en el señalamiento de lo que llevaba preparado.

Los escritores, por su parte, no acostumbran estar casados con una idea específica ni con un credo religioso ni mucho menos con un ideario político: lo suyo es, en principio, la literatura, la creación artística, pero como la literatura está siempre imbricada con la vida, con la naturaleza humana y por eso con lo social, lo económico, lo religioso, lo político, etcétera, pueden hablar de casi todo sin comprometerse más que con ellos mismos; por eso se permiten opinar, sin sonrojos, casi de cualquier materia. Por añadidura, entre más conocidos y rutilantes sean

(si han sido traducidos a varios idiomas, han obtenido distinciones de relieve internacional o son Premio Nobel o declarados aspirantes a éste) más asediados son por la prensa, llegan a convertirse en verdaderas estrellas en varios órdenes y se les consulta en torno a casi cualquier cosa. Y por lo general no desdeñan estar ante las cámaras y los micrófonos, con lo que robustecen un círculo que siempre les conviene: mientras más aparezcan en público, más crecerá el número de sus lectores, o por lo menos de quienes se enteren de su existencia y la de sus obras: en México, legiones de lectores de periódicos y revistas, de radioescuchas, televidentes y cibernautas se han familiarizado, en su momento, con la figura de Octavio Paz, de Carlos Fuentes o de Carlos Monsiváis, aunque eso no garantice que hayan leído sus libros. El mencionado al último es figura prominente en ese sentido, porque aparte de su obra literaria es periodista prolífico, y se le entrevista casi por cualquier medio para conocer sus opiniones respecto a la política, las bellas artes o cuestiones de cultura popular como la lucha libre o el fútbol.

Las dificultades para entrevistarlos estriban, entonces, en su abundante presencia en los medios, en su proclividad a ser entrevistados. Y porque manejan, como pocos, la herramienta especial de todo diálogo: la palabra.

Salvo excepciones, los escritores son accesibles a las entrevistas, e incluso llegan a propiciarlas *motu proprio* o a través del departamento de relaciones públicas o prensa de sus editores. Cuando se publica el nuevo libro de un autor renombrado, la noticia se genera por sí misma, y los editores tienen, entre sus recursos publicitarios, la costumbre de programar entrevistas con distintos medios, escritos o electrónicos: a veces las sesiones, una tras otra, se vuelven maratónicas, interminables. Es parte de la estrategia de unos y otros, editores y autores (cuando se trata de un autor desconocido, sus editores tratan de darlo a conocer por todos los medios a su alcance, de convertirlo en figura mediática cualesquiera que sean sus méritos artísticos).

Por supuesto, algunos escritores resienten el asedio de la prensa, se extenuan, se fatigan, y se acorazan en consecuencia: se vuelven selectivos, rehúyen las entrevistas en la medida de lo posible. Sin embargo, opera una cuestión en su contra: como muchos de ellos han sido periodistas, o siguen siéndolo, saben de la desazón y hasta la frustración que provoca no obtener una entrevista, y entonces se les dulcifica el corazón y terminan por acceder, una vez más en el largo rosario, a ser entrevistados.

En uno de los textos de *Notas de prensa 1980-1984*, Gabriel García Márquez habla de ese hartazgo, y de cómo la petición de entrevistas lo pone entre la espada y la pared, porque él mismo ha sido reportero. La enorme popularidad que lo rodea a nivel mundial, hace que caravanas de periodistas y académicos especializados en su obra hagan fila para preguntarle cosas, y aun lo persiguen lectores comunes y corrientes: ¿qué hacer?, se pregunta, ¿cómo esconderse de un fenómeno que él mismo ha creado? Y aunque cada vez sus reticencias para enfrentar a los preguntones son mayores, casi siempre termina por conceder entrevistas.

Más que cualquier practicante de otros quehaceres (incluidos los políticos) los escritores son materia *sine qua non* del periodismo. Son generadores de noticias, de opinión y resultan, ellos mismos, su personalidad, material informativo. Se les consulta acerca de acontecimientos políticos nacionales e internacionales, se les pregunta sobre otro artista, escritor o no, que ha sido distinguido con un premio, o por la aparición de su nueva obra o a propósito de la muerte de alguien; son tomados en consideración para opinar en muchos rubros. ¿Por qué? Las razones pueden ser diversas, aunque en esencia vagas; pero debe suponerse que se les considera portadores autorizados de la voz pública debido a su inteligencia, su información y sobre todo a su autoridad profesional y ética. Son, y esa categoría les ha sido concedida por los propios medios, por el público, por su obra, auténticos sabios que se han ganado el respeto por unanimidad en la mayoría de los casos; luego, su presencia en la plaza pública es indiscutible.

Llama la atención que los escritores sean entrevistados por múltiples y distintos motivos, pero sobresale que sean no sólo pretexto para una nota informativa o de opinión sino de materiales de mayor aliento: libros, por ejemplo. En ese sentido tienen el mismo enorme nivel de atención que una estrella del cine o de la música o del deporte, que un político encumbrado, un científico del más alto nivel, un dictador o un espeluznante asesino serial. Se pueden escribir libros de entrevistas con figuras como Fidel Castro o Richard Nixon; con Muhammed Alí (Cassius Clay), Hugo Sánchez o Diego Maradona; con María Félix o Madonna; con Idi Amín o Augusto Pinochet; con Stephen Hawking o Albert Einstein; con Gregorio Cárdenas o Mario Aburto; pero también con Jorge Luis Borges, Vladimir Nabokov, Gabriel García Márquez o Mario Vargas Llosa: interesa tanto el mundo de éstos como el de aquéllos.

Podría suponerse que de manera semejante a las figuras prominentes de otros ámbitos, los escritores no tienen otra cosa por decir más que lo apuntado en sus obras, que su mundo se constriñe a lo expuesto en el papel. Pero no es así: al público le interesa conocer otros aspectos de quien ha escrito aquellos libros, acercársele, meterse a su casa, a su cocina literaria, en su vida; saber por qué escribe, para qué, cómo; tener mayores noticias, reales, concretas, de su idea del mundo, de la existencia. Es una figura que inquieta, provoca, importa; y el periodista actúa en consecuencia, lleva a su público lo que éste quiere saber, conocer, es el intermediario indiscutible.

(Julio Cortázar refirió en una entrevista que una joven estadounidense decidió suicidarse porque se sentía agobiada por la vida, y para ello pidió a una amiga suya que la dejara dormir esa noche en su casa. A determinada hora, la huésped fue a la recámara que le había sido asignada para esperar que la familia se fuera a dormir y entonces ejecutar su propia muerte. Mientras eso ocurría se puso a leer una novela que estaba sobre el buró: era la versión en inglés de *Rayuela*. Cuando la inminente suicida se dio cuenta, había amanecido, y entonces desistió de su intención de matarse: comprendió que la vida valía

la pena, y lo hizo por lo que había leído. Volvió feliz a su casa, al mundo, a la vida, y días después envió una carta al escritor, mediante su editor norteamericano, para agradecerle que le hubiera salvado la vida y hacerle entender que vivir es maravilloso. ¿No es una bella, conmovedora historia? No la conoceríamos si el protagonista indirecto, Cortázar, no la hubiese referido a una entrevistadora, y ésta a nosotros.)

Así como Oriana Fallaci reunió en libro las entrevistas que hizo con figuras prominentes de distintos ámbitos del quehacer mundial, sobre todo político, hay otros periodistas que enfocan sus intereses en personajes de las más diversas disciplinas, como los reunidos en *Entrevistas de Playboy*, publicadas originalmente en la revista norteamericana homónima y cuyos protagonistas provienen de todas las áreas. En cuanto a literatura, es célebre, porque es ejemplar, el libro *El oficio de escritor (Writers at Work)*, donde la plantilla de colaboradores de la revista *Paris Review* juntó las entrevistas que había hecho con autores de la talla de William Faulkner, Ernest Hemingway, Boris Pasternak, Alberto Moravia, Truman Capote, Ezra Pound, Lawrence Durrell, Aldous Huxley, T.S. Eliot y Henry Miller, entre otros. Y aquí se demuestra que leer los libros de escritores de ese calibre no lo es todo, y que sus juicios paralelos pueden ser, son, tan interesantes, ilustrativos e importantes como aquéllos para entender a los creadores, su creación y el conocimiento de su oficio y del mundo, de la vida: leer las entrevistas con ellos redobla, multiplica las ganancias obtenidas de la lectura de sus libros.

El libro mencionado es una compilación de entrevistas con escritores, pero hay otros que se han hecho en exclusiva con varios de ellos. Se consignan algunos a manera de ejemplo. En *Protagonistas de la literatura mexicana*, Emmanuel Carballo entrevistó a escritores como Salvador Novo, Carlos Pellicer, Jaime Torres Bodet, Martín Luis Guzmán y Octavio Paz, y el resultado de cada cual, y en su conjunto, es un volumen indispensable para conocer esa parte medular de la literatura nacional, entre otras cosas porque la agudeza y la inteligencia del

entrevistador, y sobre todo su conocimiento de la materia y en particular de la obra de cada uno de los autores entrevistados, provoca que éstos ofrezcan largas e interesantes disquisiciones al respecto: hablan de sí mismos, de su trabajo y del de los demás, y eso da como resultado lo que se llama entrevista-ensayo, que es un duelo de inteligencias e información en beneficio de los lectores. Se cumple aquí la premisa de toda entrevista: ante todo, conocer a fondo la obra y la personalidad de quien será interrogado. Si Carballo no hubiera leído, antes de su encuentro con esos escritores, la totalidad de su obra y la hubiera analizado a conciencia; si conociera sólo un libro, una porción, su trabajo hubiese resultado parcial, cojitranco, y no ese espléndido material indispensable, porque hace al mismo tiempo entrevistas y crítica literaria.

En *Perspectivas mexicanas desde París (un diálogo con Carlos Fuentes)*, el periodista James R. Fortson recoge lo que anuncia el título, una visión de México y lo mexicano a través de sus largas conversaciones con el autor, que entonces radicaba en la capital francesa. Es un volumen de 160 páginas ofrecido en la modalidad de pregunta y respuesta, y es, a decir del novelista Gustavo Sainz en el prólogo, una "Entrevista torrencial, cargada de impacencias e indignaciones, incluye en cantidad superior a cualquier otro documento avalado por Carlos Fuentes, noticias dictadas desde la primera línea —en el frente— de su interioridad, sorprendentes noticias de él mismo, una inmersión en su masvida (*sic*). Es, por lo tanto, un texto excepcional". Y lo es porque el entrevistador tiene todas las herramientas necesarias, por ser periodista de larga experiencia: autor del libro *Cara a cara: confrontaciones humanas*, antología de sus entrevistas realizadas durante diez años, director de revistas de entretenimiento e información general, traductor... (Dato curioso: *Perspectivas mexicanas desde París*... tuvo un tiraje de 113 500 ejemplares, que se obsequiaron a los lectores de la revista para caballeros que dirigía Fortson.)

El olor de la guayaba es el resultado de las conversaciones de Gabriel García Márquez con Plinio Apuleyo Mendoza, quien

es su amigo desde la juventud, colega periodista, escritor. Apoyado en ese conocimiento de la persona y de la obra, el entrevistador convoca con admirable sagacidad los recuerdos de juventud del entrevistado, y poco a poco lo va enfrascando en opiniones sobre su vida y obra, sobre asuntos políticos, artísticos, humanos y de todo tipo. En cada capítulo, Mendoza mezcla sus apreciaciones en torno a algún aspecto de García Márquez y luego le pregunta al respecto. Esta fórmula funciona muy bien en este tipo de trabajos, porque introduce al lector en aspectos que de seguro desconocía, lo cual aviva el interés por lo expuesto por ambos, entrevistador y entrevistado.

Elías Nandino: una vida no-velada es producto de largas sesiones de entrevistas que el periodista Enrique Aguilar hizo al poeta jalisciense. Se trata, a fin de cuentas, de una autobiografía en la que el reportero actúa como amanuense que sin embargo sabe provocar, hurgar, poner el dedo en la llaga adecuada para que el interlocutor diga lo que debe decir. Y lo hizo de tal forma que Nandino confesó cosas como su primera experiencia homosexual siendo niño, su relación con el grupo de los Contemporáneos, con estrellas del espectáculo y la política, etcétera. El entrevistado se explayó de tal forma que cuando leyó las transcripciones de las charlas en forma de libro (que por supuesto había autorizado) se escandalizó tanto de sus propias palabras que "desautorizó" la biografía; en su defensa profesional, Aguilar mostró los documentos respectivos, las cintas magnetofónicas, el material fotográfico y otros.

Otro par de colombianos se reunieron para hacer un trabajo similar al anterior: Álvaro Mutis y Eduardo García Aguilar en *Celebraciones y otros fantasmas (una biografía intelectual de Álvaro Mutis)*. Conocedor a fondo de la obra de Mutis, amigo cercano y escritor al mismo tiempo, García Aguilar tiene todo a su favor para rescatar aspectos fundamentales de aquélla, hasta organizar lo que se anuncia en el título del libro: una biografía intelectual. Nótese cómo la entrevista trasciende aquí el ejercicio periodístico en el cual se basa hasta inscribirse en otro ámbito literario, el biográfico.

Algo parecido sucede en *Memoria y olvido (vida de Juan José Arreola, 1920-1947)*, del novelista Fernando del Paso. La diferencia entre este trabajo y los anteriores es que mientras en los antes mencionados el entrevistador se involucra en forma evidente, participa y transcribe sus intervenciones, en el de Del Paso el entrevistador desaparece y cede la voz al entrevistado, no se escriben las preguntas que hizo a Juan José Arreola, de modo que el discurso de éste fluye incontenible como si fuese de una sola pieza, cuando sabemos que tal organización se debe a Del Paso: es una autobiografía provocada, guiada y finalmente editada por el escritor metido a periodista. Es una vida "contada" por un artista a otro para beneplácito de los lectores.

Miguel Ángel Quemáin es un periodista mexicano especializado en asuntos culturales. Su trabajo ha sido registrado en radio, televisión y prensa escrita. Consumado entrevistador, apasionado de la literatura, lector infatigable, se propuso indagar respecto a los procesos de la creación en la literatura europea contemporánea. A cualquiera —colega, editor, amigo— el propósito le hubiese parecido descabellado; a Quemáin no, y se puso a entrevistar a escritores europeos. ¿Cómo lo hizo? Leyó con detenimiento los libros de aquéllos (en su idioma original o en traducciones) y se dio a la tarea de localizarlos, a través de sus editores, de amigos mutuos, de los consulados mexicanos en los países donde aquéllos radican, en las visitas de los autores a México... y el resultado fue el libro *Voces cruzadas*, en el cual aparecen conversaciones con treinta y un connotados escritores, entre ellos Claudio Magris, Doris Lessing, Elfriede Jelinek, Ian McEwan, Ismail Kadaré, Julia Kristeva, Julian Barnes, Martin Amis, Michel Butor, Stephen Vizinczey, William Boyd, Juan Goytisolo y Rosa Chacel.

Son entrevistas de personalidad, pero también se da aquí la entrevista-ensayo, y además de tener noticias de tantos autores, nos metemos hasta su cocina literaria, a su intimidad y su entorno, sabemos del proceso de su trabajo creativo pero también de sus filias y fobias, de cómo son cuando no están escribiendo, qué actividades paralelas desempeñan y otras revelaciones. El

entrevistador no quiso esquematizar la exposición de sus trabajos, y por eso buscó la variedad; así, a veces encontramos entrevistas de pregunta-respuesta, en otras se hace primero la descripción detallada de la obra del escritor y luego se llega al interrogatorio; a veces deja que el entrevistado se explaye y sólo en el momento preciso nos da referencias, datos para sostener la hilación del discurso. Es, en fin, uno de los libros de entrevistas con escritores más acuciosos e importantes que se han hecho en México, y está llamado a ser, lo es ya, ejemplo a seguir en esta difícil y a la vez enriquecedora experiencia de confrontación de ideas, de juego de ping pong intelectual que es la entrevista (se dice que su primer cultivador fue Sócrates, y su amanuense, Platón).

La relación de títulos hecha líneas atrás es sólo una muestra de tantos como hay, y se ofrece como demostración de que la entrevista con escritores o con personalidades de otras materias se sale a menudo del ámbito periodístico para alcanzar otros niveles, por lo menos imperecederos. Queremos cerrar este largo texto introductorio con la materia que originó el libro que el lector tiene en sus manos, la autoentrevista.

La autoentrevista

Ésta es tan sólo una variante, una posibilidad entre tantas como el género permite, y por supuesto no es nueva, aunque sí poco frecuentada. Cuando se ha practicado, se ha hecho a manera de *divertimento*, aunque, como esperamos demostrar, es tan válida y fructífera como cualquier otra, sobre todo porque está hecha *desde dentro*, desde la intimidad de quien habla consigo mismo, sin la participación de intermediarios.

Los escritores suelen ser mentirosos por antonomasia: mienten en su literatura en cuanto modifican, alteran o suplantán la realidad; mienten por convicción o sin saberlo, juegan, se entretienen, nos entretienen mientras lo hacen. Y es posible que lo hagan también cuando dan entrevistas, cuando respon-

den preguntas hechas por otros: ¿no era ése el juego de Juan Rulfo, quien respondía cosas distintas a las mismas preguntas de sus entrevistadores? ¿No es el caso del pintor-escritor José Luis Cuevas cuando en entrevista con un periódico afirma que jamás ha tenido encuentros íntimos con una prostituta, mientras en otra, publicada en distinto diario el mismo día afirma que su iniciación sexual fue con una prostituta y que el oficio más antiguo del mundo le fascina? Se trata, creemos, de *divertimentos*, lo cual no excluye la seriedad. Pero ¿puede un personaje jugar consigo mismo, mentirse, decirse cosas contradictorias?

Bajo ese supuesto emprendimos la elaboración de este libro. Pedimos a los escritores que se hicieran una entrevista, que la manejaran a su antojo y dijeran en ella lo que les diera la gana, considerando quizá que había preguntas que jamás les habían sido planteadas y querían responder; o corregir determinada respuesta, aumentarla, constreñirla... El lector advertirá que varios de ellos se la pasan jugando consigo mismos, con nosotros, con todo, en tanto otros se interrogan y responden con la mayor seriedad. En ambos casos es el lector de sus textos quien debe calibrar la autenticidad o el artificio, la medida o la desproporción, la relevancia o la intrascendencia de sus dichos, de sus ideas, de sus propuestas, del ejercicio mismo.

Todas las autoentrevistas fueron realizadas a petición expresa de nuestra parte, y lo agradecemos infinitamente conmovidos. Sólo tres o cuatro escritores de cuantos convocamos declinaron la invitación, uno porque sencillamente no le interesó el proyecto y los otros por motivos de extenuante ocupación; sin embargo, los últimos dieron su palabra de que pondrían manos a la obra en cuanto tuvieran un respiro, de modo que esperamos ofrecer en un tiempo prudente, aunque no muy lejano, un segundo volumen de autoentrevistas de escritores. Mientras tanto, invitamos a esta fiesta de palabras, de ideas: adelante.

Ignacio Trejo Fuentes
Ixchel Cordero Chavarría

Rubén Bonifaz Nuño

Cuando fingen adularme diciendo que soy el mejor poeta de México o del siglo XX, les respondo que no me limiten, que soy el mejor de todos los lugares y todos los siglos. De esta manera, espero que dejen su intento de adulación. Me resulta difícil hablar de "obra" porque es muy petulante el término, pero lo voy a admitir. Clasifico mi obra en tres aspectos: el primero, de estudioso y traductor de los clásicos, griegos y latinos. La culminación de este trabajo es la traducción de la *Ilíada*, sin duda, la óptima versión que hay en español. Con eso considero haber cumplido en este rubro.

Otro aspecto es el estudio de las culturas prehispánicas de México; ése es el trabajo que en último término considero más importante porque se dirige concretamente a la gente de México, a incitarla a un conocimiento de su pasado indígena que la llevaría necesariamente a tener un mejor juicio de sí misma, porque en México hay un ochenta, un noventa por ciento de población indígena que está totalmente sometida al clasismo y al racismo de una decena de millones de gente medio blanca que por eso se considera con poder para tener al resto como criados. Mis estudios sobre las culturas prehispánicas tienden a hacer que los noventa millones cobren conciencia plena de sí mismos y vean que son superiores a los diez millones que los están gobernando y atropellando continuamente.

El tercer aspecto es la poesía, no me gusta llamarla poesía, prefiero llamarla simplemente versos; tiene para mí enorme importancia; es mi acto libre en la vida. Tanto para hacer ver-

Enriqueta Ochoa

Mi tierra

Como nunca me preguntan en dónde nací, lo hago yo y me respondo: nací en Torreón, entonces una pequeña ciudad del estado de Coahuila donde difícilmente se encontraba uno con un ambiente artístico de categoría; pero gracias a Dios conocí a un maestro maravilloso: Rafael del Río. Era un maestro de literatura que mi papá llevó a casa para que me diera clases particulares. Tenía yo entonces diecisiete años y él era muy enérgico, muy duro. Me hacía leer mucho, con él leí todo *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust, casi toda la obra de Rainer María Rilke y a muchos poetas, sobre todo europeos. Fue, pues, mi mentor para toda la vida y no lo he olvidado, porque nunca publiqué nada si antes no era aprobado por él. Era un hombre extraordinariamente fino de espíritu que me hizo mucho bien, y creo que incluso me enamoré de él.

La luz se enreda en los ramajes de los árboles frutales. Yo me dejaba caer sobre la hierba y el azul índigo del espacio se me venía encima, me llevaba al éxtasis, me colmaba de paz.

Hay una niña de once años trepada en los árboles de durazno, a horcajadas, sobre la rama más gruesa. El padre la ha visto y le ordena que baje, luego la lleva a practicar día tras día el tiro al blanco, después de haberla convencido de que será más divertido bajar los duraznos de un balazo.

La niña de once años ya no está montada en las ramas, la veo



Enriqueta Ochoa. Archivo: INBA. Fotógrafo: Rafael López.

echar mano al rifle y bajar las frutas. Luego se reclina en el tronco y se pone a comer duraznos, canturreando.

Los abuelos

El aire huele a tiempo, trae marejadas del pasado que son nuestra propia piel. Tempranas fueron las nupcias de los abuelos, la transparencia de su malicia era una luz pequeña dormida entre sus manos. Al caer la tarde ellos zarparon en carreta rumbo al desierto; pronto, los ojos del espacio fueron pozos oscuros de silencio. De súbito, un torbellino en llamas emergió de la tierra, los caballos reparaban, relinchaban con los belfos espumosos en alto. Los abuelos, pájaros despavoridos, tiraron de las riendas, rehuyeron el lugar y emprendieron la huida, con los latidos agolpados en su boca, a refugiarse en el primer pueblo cercano.

Un día después, bajo el azul oro al mediodía, entraron a Sabinas. La gente comentaba sobre un tesoro encontrado bajo la claridad del alba por dos hermanos viajeros, vendedores de pan en ranchos aledaños.

Cuando mi madre recibió el aviso de la muerte de papá Neyio, rodó sin conocimiento, nunca recobró la salud. Mi padre salió rumbo a Nuevo León para traer a la abuela cerca de sus hijos y ella llegó con su cúmulo de recuerdos y estrellas. De su boca escuché las más bellas imágenes, los reniegos pasajeros porque el aire de la ciudad la asfixiaba. Paseaba con su bastón por el patio de casa aromado por jazmines, helechos, azaleas, pañduratas, azucenas y pájaros. Por ese tiempo, se desenterró del arriate de las bugambilias una enorme tortuga que mi padre nos había traído del campo cuando ésta era pequeña, y a la que, por mucho tiempo, creímos perdida.

Mi abuela y la tortuga hilvanaron su soledad y su nostalgia y así anduvieron por las calles, parando el tráfico, pidiendo ayuda para cruzar cada vez que lograban escaparse. Evadidas de la ciudad que las estrangulaba, eran dos sueños arrugados perfilándose en la distancia.

Mi padre

A los catorce años me convertí en el brazo derecho de mi padre en la Joyería Ochoa, que empezó siendo un cuarto pequeño y luego se convirtió en toda una manzana. Mi padre era un gran orfebre, joyero, relojero y grabador. Era un hombre fabuloso, y siempre lo voy a recordar con el mismo cariño con el que lo estoy recordando en este momento. Su mundo era enseñar a los hijos todo lo que él sabía. Nos levantaba a las cinco de la mañana y nos ponía a hacer gimnasia y a jugar basquetbol; al terminar, nos bañábamos y, corriendo, íbamos a la joyería, donde permanecíamos hasta las diez de la noche.

La infancia y la adolescencia fueron duras. A las cinco de la mañana nos despertaba mi padre con un silbatazo, seguido de unos pocos minutos para vestirnos con ropa de deporte, y los seis hijos estábamos esperando las órdenes siguientes: ejercicios de gimnasia, juegos de voleibol y de basquetbol; luego escuchábamos las enseñanzas de mi padre que nos procuraba juegos inocentes, pero de gran trascendencia.

Un día formó en fila a los hijos y les entregó una pelota a cada uno. Dijo: "Lancen la pelota contra la pared hasta que se quede ahí pegada". ¡Qué correr, qué lanzarla una y otra vez sin lograr pegarla! Finalmente el padre dijo:

—No se queda pegada, ¿verdad? Bueno, así son todos los actos en la vida, lo que hagan a los demás, bueno o malo, se les regresará como la pelota; cuiden mucho todo lo que piensan y lo que hacen para que tengan siempre una buena respuesta.

Éste fue el principio de las clases que más tarde nos diera sobre otros asuntos de la vida.

Fue en otoño; el aire destilaba un olor lento y maduro. Mi padre recibió una noticia que lo estremeció, que lo echó a llorar. El impacto del tiempo vistió a la memoria de estancias tibias donde crecieron y se hicieron realidad sus primeras inquietudes de muchacho.

Y ahora, el anuncio de la muerte, la de un hijo tenido fuera de matrimonio, allá en sus años mozos, cuando florecían los jazmines

en los macetones del corredor, en casa de la abuela. Esa entrada que exhalaba frescura con sus pisos de adoquines rojos, relucientes, como recién lavados.

Marina era la costurera de la familia. De vez en vez, asistía a coser en la propia casa de mis abuelos, por uno o dos días. Allí se enamoraron, se atraparon por la vida misma. Nació Fidel, una criatura que era el mismo rostro de mi padre.

La madre abandonó al pequeño con su abuela y se fue a Estados Unidos. Jamás volvió.

Mi padre siguió el ritmo de su vida, pero pendiente siempre de cubrir las necesidades de su hijo. La soledad, la falta de cariño de una madre desde la cuna, son una enfermedad insuperable. Aquel pequeño creció débil, enfermizo hasta su edad adulta.

La unión entre el padre, el hijo y dos nietos se había hecho cada vez más fuerte, y ahora le avisaban que aquel muchacho, gris de abandono, había muerto. El hombre lloró, a hurtadillas, por las noches, tal vez hasta el día de su muerte.

Mi madre

Mi madre cocinaba en un horno de adobe redondo de barro, que ella misma había construido. Ahí hacía las empanadas de calabaza y camote más exquisitas que yo haya probado, pastelitos de harina de maíz cernida con tales condimentos que yo me los robaba cuando llegaba la noche. Nunca comí dátiles y chilpachole más ricos que los cocinados por ella. Todo se hereda: mi hija Marianne tiene una mano bendita para la comida. Yo observo y le doy gracias a Dios.

Un invierno en el desierto de aquellas ciudades ralas, sin frondas nevadas, sólo las bocanadas del viento helado ululando en las calles, en los patios; helando los muros de las casas en donde todas las cobijas resultaban pocas para librarnos de aquel frío que calaba los huesos.

Así recuerdo aquel año en donde la que más sufría era mi madre. Mamá preparando el almuerzo, mamá poniéndonos hasta dos o

tres camisetas juntas y suéter para llevar a los cuatro hijos de edad escolar a las diferentes escuelas, mientras los dos más pequeños permanecían a su lado, siguiéndola a todas partes, buscando su calor. Llegada la noche, veo a mamá tejiéndonos suéteres con dos agujas. La veo armando grandes bastidores para hacer colchonetas con lana cardada a mano. Jamás conocí a otra mujer más abnegada, más fiel, más trabajadora.

Ese invierno recuerdo que a mi hermana Eduviges, que tenía ocho años, le sobrevino una pulmonía fulminante. Los médicos, los cuidados incansables de mi madre durante cuarenta días, salvaron su vida.

El hermano mayor

Mi hermano Sergio fue un niño hermoso y muy amado por mis padres. Fue el mayor de los hermanos; su inteligencia era sorprendente, pero somos precisamente los padres los que más destruimos lo que amamos. Era una criatura de seis años cuando mi padre lo llevó, después de su trabajo, a ver la película Frankenstein. De regreso a casa, el niño vio su imagen reflejada en unos cristales grandísimos que se encontraban recargados en el comedor; seguramente pensó: "Aquí está Frankenstein", porque cayó sin sentido, golpeándose fuertemente la cabeza. Desde entonces, a pesar de las visitas médicas, el niño se aterrorizaba fácilmente y siempre estaba triste. Así llegó a la adolescencia, en la que menudeaban unos ataques que, pienso, tenían que ver con la epilepsia. Nosotros vivíamos en un pueblo pequeño con médicos generales a quienes jamás se les ocurrió sugerir a mis padres que lo llevaran con un neurólogo a Monterrey; su estado general se volvió más delicado ya que pasaba de sus mejores ideales a la mano firme de mi padre.

Sergio tenía una hermosa voz de tenor, que nunca le educaron. Él anhelaba ser doctor, pero por consejos de un amigo de mi padre, mi hermano nunca pudo salir a estudiar, porque "podía echarse a perder". Así que, al igual que todos los hermanos, tuvo que someterse al aprendizaje de la joyería y la relojería. Pero él tenía un

talento único: se dedicó en sus horas libres a estudiar francés, alemán, inglés y a conseguir entre la hemeroteca de relojería las revistas que más le enseñaran sobre las fornituras (piezas diminutas con las que antes se hacían los relojes); se puso de acuerdo con el esposo de una tía quien le facilitó el dinero para que empezara su negocio de importación de fornituras. Mi padre no lo ayudó en absoluto y Sergio decidió cambiarse el nombre en sus negocios.

Gracias a Dios, mi hermano triunfó, se casó, tuvo siete hijos, pero su carácter, a pesar de ponerse por su propio deseo en manos de buenos especialistas, se agriaba cada vez más, hasta que terminó viviendo solo, luego de haber dado estudios profesionales a sus hijos.

Con frecuencia, él me preguntaba cómo le había hecho yo para lograr salirme con mi sueño de ser poeta, y yo le explicaba que le robaba muchas horas al sueño y que siempre me propuse esperar. Sergio habría sido un gran médico, amaba sus enormes libros de medicina que leía en toda oportunidad. Sus gustos por la música, la pintura, la historia, la novela; su ropa y la de mi cuñada, eran exquisitos. Sin embargo, fue cayendo poco a poco en el abandono; se acabó el tiempo en que se hacían los relojes con fornituras y aparecieron los relojes de pilas. Al poco tiempo mi hermano murió, a veces pienso que de una profunda tristeza.

La poesía

En mi familia no había ninguna veta artística, una raíz, y no sé cuál fue la razón que me llevó a escribir, porque fue desde muy niña: hacía la postura de "flor de loto" y me iba a otros mundos, tenía meditaciones muy profundas aunque nunca supe por qué, los poemas llegaban solitos, los escribía y los hacía bolitas y los guardaba; recuerdo que los escondía junto a los huevos de gallina en el cuarto del fondo de la casa, los acomodaba dentro de las tinajas. Un día entró mi mamá y dijo: "¡Mira cuánto huevo pusieron las gallinas, cómo pudieron llenar esa tinaja!" Ahora creo que el hecho de haber escondido esos poe-

mas respondía a la certeza de que la poesía es, en el fondo, como un encargo muy delicado al que uno no le da mucha importancia, pero que tiene gran influencia y puede traer cosas buenas o malas, pero de algún modo pueden perjudicar. Cuando escribí *Retorno de Electra* hice lo mismo: en un costurero, junto a las bolas de hilo, iba poniendo los poemas hechos bolita, porque sentí que era el lugar más seguro para guardarlos. De ahí salió ese poemario: cuando decidí hacerlo fui abriendo las bolitas de papel y pasé todo en limpio y después entregué el material.

A los abuelos paterno y materno les debo mi arretrato por un mundo que, entre toda la familia, sólo yo compartía: el de la poesía.

El papá de mi padre fue un minucioso conocedor de los clásicos castellanos, no porque fuera profesionalista, él era carpintero de altos vuelos y trabajó siempre para los jesuitas. Cuando llegaban los días de pago, pedía que le descontaran algo de su sueldo y, a cambio, le permitían leer por número de horas en la biblioteca, y le contestaban las preguntas que sobre estas lecturas tuviera que hacerles. Los jesuitas aceptaban, lo querían bien, y así el abuelo se sumergía en los clásicos castellanos, en sus tiempos libres.

Mi abuelo materno, en el campo, era la poesía misma en sus pensamientos y en sus actos.

Mi primer poemario, *Las urgencias de un Dios*, salió a los diecinueve años. Fue un libro muy peligroso porque yo era ingenua en esa época y nunca imaginé que iba a provocar tantos problemas de tipo religioso. Desde los púlpitos, los sacerdotes prohibían mi libro; las damas de "la vela perpetua" o algo así, exigían que todos mis libros fueran quemados. Como puede verse, fue un mal comienzo. Siguió *Los himnos del ciego* y *Las vírgenes terrestres*. Creo que éste fue el que más satisfacciones me dejó, el que más me ha gustado escribir, porque es el primer poema en el que me rebelo como mujer, ya que me desesperaba ver las condiciones en las que vivíamos, cómo nos trataban, cómo nos encerraban y todo eso. Fue el primer poema en defensa de la mujer que salió de mis manos.

Cuando llegué a la ciudad de México, allá por 1954, fue para estudiar teatro, y empecé escribiendo teatro para niños, haciendo adaptaciones de los cuentos de Andersen; pero en realidad nunca abandoné la poesía.

Mi relación con intelectuales

Al primero que conocí fue a Jesús Arellano, que era director de la revista *Fuensanta*, donde publiqué algunos poemas. Fue a buscarme a Torreón para conocerme. Llegó a convertirse en amigo de la familia porque se llevaba muy bien con mi padre ya que ambos eran de Guadalajara.

Después conocí a Emmanuel Carballo.

No pensaba acercarme a los grandes poetas, pensaba que no iba a ser bien recibida, pero a poco los fui conociendo. Estuve en casa de Gabriela Mistral; merendé varias veces con Vicente Aleixandre, en su casa; conocí también a Dámaso Alonso. Corrí con mucha suerte.

En mis inicios sólo podía relacionarme como poeta con mi maestro ya mencionado, pero después encontré interlocutores que me ayudaron mucho, sobre todo a Lolita Castro, a Rosario Castellanos, a Amparo Dávila y a Pedro Coronel. Ahora que menciono a Pedro, he de decir que siempre me ha gustado mucho la pintura, pero sé bien que todo arte necesita una entrega absoluta y yo no pude entregarme a la poesía y a la pintura; sin embargo, pinté un par de cuadros, uno se lo obsequié a un amigo poeta. Pero lo que definitivamente he disfrutado más en la vida es escribir, y ahora que me cuestiono a mí misma, si me pregunto qué placer escogería luego de aquélla, respondería, otra vez, que escribir. Y ésa fue una determinación que tuve desde muy chica, estuve siempre convencida de que para eso había venido al mundo. Cuando me di cuenta de eso, fui un par de veces a conventos, pensando en hacer vida conventual y seguir escribiendo.

Proyectos

Ahora que siento que ya se me está yendo la vida, quiero escribir un libro dedicado a Dios y a la vida. Mientras, terminé otro sobre las imágenes más hermosas que se han escrito en México desde 1917 hasta el 2000, aproximadamente; soñé la idea, supe lo que tenía que hacer y cómo hacerlo: me tomó diecisiete años. El Fondo de Cultura Económica publicará un volumen con mi poesía reunida.

Las entrevistas

Ahora que termino esta autoentrevista, confieso que en general no me gustan las entrevistas, porque hurgan en lo más profundo de uno, y eso causa mucha incomodidad. Sin embargo, son necesarias para quien las lee.

Enriqueta Chon

José de la Colina

Buenas noches, amigo José de la Colina.

—Lo mismo digo, enemigo José de la Colina. ¿A qué debo el dudoso honor de tu visita?

—A que nuestro mutuo amigo Nacho Trejo me ha encargado que lo entreviste a usted.

—Pues fíjate que no me agrada el género de la entrevista.

—¿Por qué?

—Porque comparto aquello que alguien alguna vez dijo: “La entrevista es un artículo que yo hago y que tú cobras”.

—Pero espero que consienta usted en esta entrevista, puesto que se hará entre hermanos y tocayos.

—Tú eres mi tocayo, pero no mi hermano. Para mí, eres un perfecto desconocido, o siquiera un imperfecto desconocido. Vaya, eres un inquietante invasor de mi exigua intimidad (de la cual a veces soy un evasor) y sin duda eres además *the Person from Porlock*.¹

—Pero me mitiga el hecho de que soy un admirador suyo, un verdadero *fan* de usted.

—Ah, muy bien, se ve que tienes buen gusto y un atinadísimo criterio literario. Así pues, dispara, forastero.

¹ Acerca de esta persona se hablará más adelante en esta misma entrevista.



Si la entrevista es un género pilar del periodismo porque nutre a los demás (nota informativa, reportaje, artículo de opinión...), imaginemos el poder de su variante extraña y poco frecuentada, la autoentrevista: quien se somete a su práctica espera, en principio, subsanar carencias de entrevistas previas, corregir asertos, precisar conceptos, y no tiene más remedio que desnudarse ante sí mismo y ante el público. Si la entrevista es “la más pública de las conversaciones privadas”, ¿qué grado de intimidad, de confesión, conlleva la autoentrevista?

Este libro –primero en su especie de que se tiene noticia– reúne quince ejercicios de esa inaudita modalidad ejecutados por escritores mexicanos. Rubén Bonifaz Nuño, Enriqueta Ochoa, José de la Colina, Víctor Sandoval, Fernando del Paso, Gustavo Sainz, Ignacio Solares, Emmanuel Carballo, Víctor Hugo Rascón Banda, Manuel Echeverría, Raúl Renán, María Luisa Mendoza, René Avilés Fabila, Gonzalo Martré y José Agustín responden a la convocatoria de Ignacio Trejo Fuentes e Ixchel Cordero Chavarría apelando a la seriedad y al juego, a la solemnidad y a la irreverencia para darnos noticia de su vida y obra, de su concepción de la literatura y del mundo. Especie de confesionario pero también de inteligencias puestas ante sí mismas, *Autoentrevistas de escritores mexicanos* irrumpe como una obra sui generis en la que cabalgan tomados de la mano el periodismo, la literatura y muchas otras cosas sorprendentes.